

Carta de Argentina

Tiempos agónicos

Luis Gregorich

A los argentinos nos ha tocado el dudoso privilegio de vivir tiempos agónicos. Se está desintegrando un régimen político, un sistema de partidos, un ciclo agobiado en su senectud final por el clientelismo y la corrupción, además de su incapacidad por comprender al mundo que lo rodea y la dimensión de su propia caída. La corporación autoprotectora que encarna el viejo sistema querría ganar tiempo, a la espera de renacimientos imposibles, pero en realidad la inercia sólo expande y agrava todos los síntomas de la crisis.

¿Qué vendrá para reemplazar las opciones y certezas que se están disolviendo? Nos gustaría ser políticamente correctos, y soñar con una réplica de los sistemas (relativamente) exitosos de la mayoría de los países occidentales. Allí el poder se turna entre un partido socialdemócrata, de centroizquierda, y uno conservador liberal, de centroderecha, donde todos, o casi todos, están representados. Se trata de fuerzas que no se distinguen demasiado en lo que concierne a realismo político y económico, y que en general coinciden en que se deben defender con inteligencia los intereses nacionales (habiéndolos identificado previamente), respetar la ley y los derechos humanos, y pagar los impuestos. No son paraísos terrenales; apenas, sociedades razonables que también deben luchar contra amenazas y deformaciones surgidas de sus propias entrañas (entre ellas, la xenofobia, la antimodernidad y la autocomplacencia).

¿Lujos para países ricos? Quizá sea así. Quizá ilusionarse con la áurea mediocridad de ser un socialdemócrata o un conservador liberal en la Argentina de hoy sea simple quimera, ante el ruido de las cacerolas, el estentóreo regreso de deshilachadas utopías heroicas, y algún que otro resabio de pesadillas autoritarias. Quizá lo que en realidad ocurre es que –más allá de nuestro propio desastre– estamos idealizando una fachada detrás de la cual también se ocultan futuros amenazantes.

Hay que volver a poner los pies sobre la tierra, y vernos tal como somos, y tal como hemos sido. Nuestro sistema político, a partir de las primeras elecciones sin fraude generalizado en 1916, se constituyó como un bipartidismo imperfecto, estructurado en torno a radicales y conservadores hasta 1945, y en torno a peronistas y radicales de 1945 hasta hoy. El sistema cru-

jió por la intervención militar (casi siempre coaligada con definidos intereses económicos) en 1930, 1943, 1955, 1962 y 1976. Las consecuencias de estos golpes fueron en general catastróficas, aunque debe apuntarse que el de 1943 –más allá de la voluntad de sus iniciadores– dio origen al peronismo, con sus luces y sombras.

Lo que perdura precisamente hoy de este viejo sistema es su partido hegemónico, el peronismo, que aun duramente castigado y malherido, aun sin liderazgo claro, y dirigido por una liga inestable de señores feudales (los caudillos provinciales, que a veces gobiernan sus provincias y a veces las dirigen desde las sombras), conserva cierta representatividad social y cierto apoyo electoral. Difícilmente podría encontrarse hoy políticos más impopulares en el país que dos peronistas: el ex presidente Carlos Menem, figura central de la ficticia inserción de la economía argentina en el mundo global durante los 90, cuyo segundo gobierno terminó naufragando entre las recesión económica, un gigantesco endeudamiento y la corrupción sin límites, y el exgobernador de la provincia de Buenos Aires, excandidato presidencial derrotado en 1999, y actual presidente por obra del Parlamento, Eduardo Duhalde, cuya desprolija salida de la convertibilidad monetaria terminó de derrumbar el sistema económico, incrementando a la vez el desempleo y la emigración de argentinos de todos los sectores sociales a países del exterior, en busca de nuevos (y dudosos) horizontes. ¿Por qué entonces, con tan cuantioso lastre de fragmentación y liderazgos tan impopulares, con *records* insuperables de corrupción entre sus principales dirigentes, el peronismo sigue sobreviviendo (aunque no parezca tener un apoyo electoral mayor del 30% y deba recurrir cada vez más al respirador artificial)? ¿Por qué Duhalde es hoy presidente y Menem quiere serlo otra vez?

Podría contestarse que la reestructuración económica y la desintegración social de la Argentina han generado una crisis de representatividad (visible en casi todos los países de América Latina) dentro de la cual sólo el peronismo, con su camaleónica capacidad de transformación, sus estructuras clientelísticas arraigadas en los sectores más desposeídos y los flecos supérstites de sus tradiciones obreristas, ha logrado sobrevivir. Podría argumentarse, también, que el peronismo, como iglesia o movimiento sostenidos por dogmas fundantes despreocupados de toda responsabilidad ideológica, produce incesantemente figuras de recambio y no se hace cargo de fracasos del pasado, atribuyéndolos todos a culpas ajenas, o a traidores o apóstatas. Podría afirmarse finalmente, con más sentido común, que la sociedad argentina aún no ha sabido crear eficaces alternativas políticas, y que precisamente eso es lo que se está discutiendo hoy, en medio de asambleas populares (que se han ido debilitando gradualmente), cortes de caminos y congregaciones de desempleados y víctimas del «corralito» financiero.

El otro partido nacional del sistema, el radicalismo, parece encaminarse a su desaparición o (en el mejor de los casos) a una condición raquíca, por el sencillo motivo de haber dejado de representar a los sectores medios (por otra parte, ellos mismos en extinción) que lo cimentaron. La resurrección radical se produjo tras la derrota de la dictadura militar en la guerra de Malvinas y su consiguiente rápido final. La presidencia de Raúl Alfonsín impulsó en los sectores medios esperanzas (demasiado) extraordinarias de mayor democracia y bienestar. El juicio y condena a las Juntas Militares de la dictadura fue un logro que ni siquiera hoy puede menospreciarse. Faltó, sin embargo, una mirada estratégica perspicaz, la economía se fue degradando y el gobierno, al ceder frente a los militares otorgándoles leyes de perdón y olvido, perdió lo que podría denominarse el consenso cultural. Alfonsín salió en malos términos de la presidencia y el radicalismo debió esperar una década (las dos presidencias de Menem) para volver al gobierno en 1999. Esta vez se conformó un acuerdo entre radicales y el Frepaso (un conjunto de partidos de izquierda y de centroizquierda); la fórmula ganadora estuvo integrada por Fernando de la Rúa (radical) y Carlos «Chacho» Álvarez (Frepaso). La progresiva disolución de esto que se llamó la Alianza, favorecida por la anticipada renuncia de Álvarez y el débil ejercicio de la presidencia por parte de De la Rúa, pareció liquidar toda ilusión de los sectores medios de constituir una opción de poder al eterno retorno peronista. El remate fue el secuestro de los depósitos bancarios en diciembre de 2001; pocas semanas después De la Rúa renunciaba, y el radicalismo quedaba herido de muerte, tanto por no haber sido capaz de mantener la Alianza como por haber saqueado los bolsillos de sus propios votantes (que después serían remachados por el presidente Duhalde con la devaluación y la pesificación).

¿Así somos? ¿Así estamos, todavía sumergidos en el empate estéril entre el viejo sistema político que no termina de morir y el nuevo que no termina de nacer? Por ahora, la transición ni siquiera ha empezado. Sólo sabemos que habrá elecciones presidenciales a fines de marzo de 2003 (si es que la fecha no se modifica para apresurar la salida), precedidas por una «interna» abierta y simultánea para todos los partidos, donde se elegirán los candidatos. La opción inexorable, mientras no haya nada mejor, se plantea entre el peronismo (los restos del viejo sistema) y los «nuevos» (las desordenadas alternativas que van surgiendo al margen de los partidos tradicionales). Como los peronistas piensan que podrán volver a ganar a pesar de todo, sus elecciones internas, que deberían tener lugar en una fecha común junto con los otros partidos antes de fines de año, han pasado a ocupar el centro de la escena. Vale la pena observar que las fechas de esas «internas»

ha sido modificada varias veces y hay quienes dudan de que lleguen a realizarse. El precandidato más temido parece ser el expresidente Menem, un obstinado negador de sus desgracias y un notable jugador de póquer que usa sin pudor el *bluff* de las soluciones mágicas y el inexistente apoyo de los Estados Unidos, consiguiendo asustar a sus burocráticos adversarios. Menem, sin embargo, está jaqueado por diversas causas judiciales con desenlace imprevisible y por un alto índice de rechazo de la población. Le ha salido dentro del peronismo un adversario que parece su réplica más sonriente y rejuvenecida de: Adolfo Rodríguez Saá, exgobernador y señor feudal de la pequeña provincia de San Luis, fugaz presidente de una semana tras la caída de De la Rúa, que viene estructurando una heterogénea alianza entre los extremos derecha e izquierda (más de lo primero). Entre los «nuevos» asoma, ante todo, la diputada Elisa «Lilita» Carrió (ex radical), fiscal implacable del viejo sistema, que está reuniendo a su alrededor a un heterogéneo equipo de centroizquierda, aún sin organización territorial adecuada. Hay que mencionar también, con menos posibilidades, al diputado Luis Zamora (trotskista, ¿o ex trotskista?), al economista liberal Ricardo López Murphy (ex radical), a Patricia Bullrich (ex peronista y ex aliancista), y al empresario y presidente del club Boca Juniors, Mauricio Macri (filoperonista).

Para volver al principio: ¿cómo terminará esta pugna entre lo viejo y lo nuevo, recortada sobre el fondo de una interminable recesión económica que ha empobrecido a la Argentina y a sus habitantes hasta cifras que todavía no han sido plenamente asumidas y que llevará años, quizá décadas, recuperar? Tal vez la sociedad argentina reaccione a tiempo y sepa gestionar racionalmente esta transición de lo viejo a lo nuevo. Ojalá que así sea.